

Tribuna

España debe saber utilizar su doble condición de país europeo e iberoamericano para favorecer iniciativas comunitarias orientadas al respeto de la soberanía y a la búsqueda de la paz

Iberoamérica: reto a la retórica

MIGUEL ANGEL ESCOTET (*)

La actual España democrática debe superar, de una vez por todas, los vestigios de la política paternalista hacia América Latina que puede encubrir planteamientos desiguales y discriminatorios arropados de una ideología hispanista o neo-hispanista que está en contradicción con un planteamiento genuinamente comunitario.

El respeto de las soberanías nacionales y la aplicación del principio de no intervención, emanado precisamente en el continente americano, debe guiar la actuación de política exterior española. Esto tiene una especial aplicación en nuestros días en la crisis centroamericana, que está siendo negativamente afectada por intereses foráneos intervencionistas. El esfuerzo de Contadora, a los que se han sumado otros países del área, merece de España un apoyo a través de acciones y programas orientados dentro de esa estrategia de pacificación de la región, que supere las meras «declaraciones de intención».

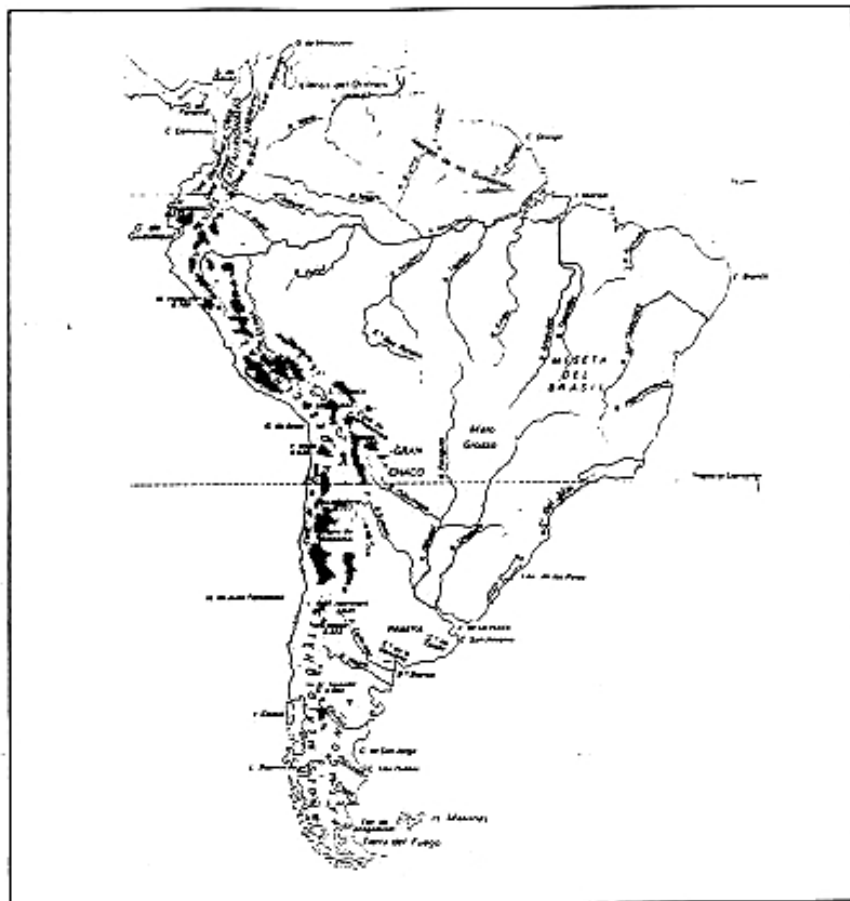
Al mismo tiempo, España debe saber utilizar su doble condición de país europeo e iberoamericano, para favorecer iniciativas comunitarias orientadas al respeto de la soberanía y a la búsqueda de la paz.

Otro aspecto fundamental que incide en la paz, y en la justicia social internacional, se refiere al diálogo Norte-Sur, en el que tanto los países latinoamericanos como España y Portugal tienen una especial responsabilidad de actuación. Las condiciones de España derivadas de su situación geográfica, de su historia y de su mestizaje cultural, así como de su nivel intermedio de desarrollo, le obligan a participar activamente en la búsqueda de soluciones más equitativas para la comunidad internacional.

Pero actitudes y acciones en este sentido deben iniciarse en casa. La visión simplista y negativa de América Latina, como un conjunto de países endeudados y empobrecidos, representa una postura errónea y peligrosa, a veces instrumentalizada desde una visión ideológica reaccionaria, recogida también en muchos medios de comunicación social.

Términos como «tercermundismo» y «sudacas» utilizados en forma despectiva, reflejan actitudes insolidarias que se han insertado peligrosamente en el seno de muchos estratos de nuestra sociedad y que deben ser adecuada y rigurosamente denunciados, desde una actitud de defensa de los valores democráticos, de tolerancia y de cariño y respeto a unos países que han acogido con generosidad a tantos españoles, y no de una forma transitoria como ocurre en su mayoría con la migración hacia Europa. En definitiva, la defensa de estos valores democráticos no sólo es un objetivo exógeno, dirigido hacia afuera, a veces abstracto, sino que debe profundizarse dentro de la propia sociedad española.

Por otra parte, la crítica de la política excesivamente retórica y declarativa tiene su contrapartida en la defensa de una política de «contenidos» que signifique una respuesta concreta a problemas de desarrollo



y a la promoción de las relaciones en doble vía.

Dar una respuesta concreta a problemas de desarrollo implica generar estructuras y capacidades al interior de los países.

Si bien es absolutamente necesaria una ley de cooperación en España y al establecimiento de planes y políticas, así como la coordinación entre los diferentes órganos, públicos y privados, es rigurosamente esencial flexibilizar la actual estructura del aparato del Estado que permita romper con la burocracia innecesaria y pasar de la «cooperación de despacho» a la «cooperación de campo».

De cualquier forma, una visión prospectiva en el orden programático de la cooperación española con América Latina, debe de tener en cuenta las potencialidades de estos países derivadas de la mayor abundancia de recursos naturales y humanos, de su relativo nivel de desarrollo industrial, del pleno respeto a su cultura e idiosincrasia y de importantes logros alcanzados en muchos dominios que posibilitan la cooperación recíproca entre España y América Latina.

Pero aún cuando exista la mejor intención de cooperación y el desarrollo de programas y proyectos, todo puede quedar en mera retórica, si paralelamente no existe un

esfuerzo financiero sustantivo. La aportación de España a la cooperación debe representar progresivamente en términos cuantitativos, los niveles comunitarios europeos que alcanzan el 0,51% de PIB, frente al 0,05% que se destina actualmente en este país. Este necesario y urgente incremento de recursos tiene que estar inevitablemente acompañado de un esfuerzo de planificación concertada en el que se incluya la participación estructurada del sector empresarial, especialmente de la pequeña y mediana industria, de los organismos del Estado y de otros organismos nacionales e internacionales.

Finalmente, la incorporación de España en la CEE exige, ahora más que nunca, la renovación y fortalecimiento de los vínculos con América Latina. Con ello, no solamente se evitará una proyección insuficiente y unidireccional de la política exterior española, sino que se dará una respuesta cabal a las propias expectativas de los demás países europeos, sobre el papel que juega España. Ser europeos sin renunciar a nuestra identidad iberoamericana es el único camino posible.

(*) MIGUEL ANGEL ESCOTET, leonés, doctor en Psicología y secretario general de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) en Madrid, España.